

padeceríamos, si el Señor con su providencia bondadosa no nos libraba. ¡Oh Soberano Bienhechor de los hombres! Gracias os doy cuantas puedo, porque, con espíritu de Padre, nos hacéis innumerables beneficios manifiestos y secretos; los unos para provocarnos al agradecimiento, los otros para enseñarnos á hacer el bien sin buscar nuestra alabanza; y unos y otros para que os amemos como á Padre que en todo busca el provecho de sus hijos. Haced que os sirvamos como hijos, haciendo los servicios con el mismo espíritu con que Vos hacéis tan innumerables beneficios.

**Punto 3.º** *Dios en este beneficio conserva, no sólo el ser, sino también el obrar.*— Considera aquí cómo todas las cosas están de tal modo colgadas de la mano de Dios, que dependen de Él, no sólo en el ser que tienen, sino en las obras que hacen; de modo que el mismo Dios las ayuda á hacer las obras, y las conserva todo el tiempo que duran; y si Dios suspendiese su concurso, no podrían hacer cosa alguna, ni usar de sus potencias; y lo que con la ayuda de Dios comienzan, con ella lo han de acabar, porque, si ella cesa, también cesará la obra. Pondera, acerca de esto, la omnipotencia de Dios en acudir al concurso y ayuda de tantas obras como hacen las criaturas del mundo, cielos, elementos, hombres y ángeles, sin faltar á ninguna, sin cansarse ni enfadarse, ni ocuparse más que si acudiera á una sola. De este concurso maravilloso estás gozando tú á cada momento; porque Dios concurre con tus ojos cuando ves, con tus oídos cuando oyes, y con el sonido que escuchas; con tu entendimiento y voluntad concurre á todas las obras que hacen, y, generalmente, con todos aquellos que algo te ayudan, porque, como dijo Isaías<sup>1</sup>: «Tú, Señor, haces en nosotros todas nuestras obras». Este concurso de Dios en ayudar á sus criaturas es tan cierto é infalible, que, aunque concurre de su voluntad porque quiere, parece ya una ley necesaria, y si alguna vez deja de concurrir para bien de sus escogidos, como en el fuego del horno de Babilonia<sup>2</sup>; ya se mira como un estupendo milagro; y aunque las criaturas abusen de sus potencias para pecar y hacerle algún agravio, no suspende el concurso, antes por conservarles la libertad y guardar esta ley que Él se ha puesto, les da su concurso para aquella obra mientras dura. ¡Oh bondad inmensa! ¡Oh largueza infinita de nuestro soberano Criador! ¿Qué bondad puede ser mayor que hacer actualmente bien al que está al mismo tiempo abusando de aquel bien para injuriar al que se lo hace? No permitáis, ¡oh Amado mío!, que yo me aproveche de vuestra omnipotencia para hacer obras con que os ofenda; no consentáis que use mal de las criaturas, siendo Vos el que concurre con ellas para que me den gusto, y conmigo para que le reciba. ¿Reconocemos lo que por

<sup>1</sup> Isai., xxvi, 12. — <sup>2</sup> Dan., iii, 50.

nosotros hace Dios? ¿Hemos abusado de su concurso para ofenderle?

**Epílogo y coloquios.** Si es infinito el beneficio de la creación que se ha dignado hacer por nosotros el Señor, no es menor el de la conservación. Todas las cosas que de Él han recibido el ser están de tal manera colgadas de su divina mano, que si un momento las soltase, volverían al instante á reducirse á la nada de donde habfan salido. Él las conserva con su soberano influjo; Él jamás ha aniquilado ni aniquilará una sola; Él, no sólo manifiestamente obra para conservarlas, sino que oculta-mente no cesa de apartar de sus criaturas aquellas cosas que podrían destruirlas. ¡Oh bondad inmensa de nuestro gran Dios! Él no se cansa, ni se duerme, ni se olvida un solo momento de nosotros. Estamos nosotros durmiendo, y Él vela por nuestro bien y defensa, detiene la enfermedad para que no nos saltee, enfrena á sus criaturas para que no nos dañen. ¿Y no amaremos á un Señor que tanto hace por nosotros? Y no sólo atiende á nuestra conservación, sino que concurre con sus auxilios para que podamos obrar y ejercitar nuestras facultades. Y en un mismo tiempo concurre con todas y cada una de sus criaturas para que lleven á cabo las obras á que están ordenadas; y, lo que más admira, es que si los hombres abusan de sus mismas acciones para injuriarle, aunque no concurre á la mala voluntad, concurre con todo á aquella acción. ¿No nos sorprende esta bondad? ¿Nos atreveremos á pecar contra este bondadosísimo Señor? ¡Qué atrevimiento! ¡Qué osadía! ¡Qué locura! ¡El nos da la vida, y nosotros pretenderíamos matarle! ¡El nos conserva, y nosotros haríamos por destruirle! Avergoncémonos grandemente de tan extraño proceder, y para lo sucesivo, armémonos con firmes y constantes propósitos de evitar todo pecado; pidamos auxilios al Señor, y roguémosle por la conversión de los pecadores y por todo el mundo.

#### 157.—PROVIDENCIA DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Representate á Jesús diciéndote: «No seas demasiado solícito por la comida ni por la bebida; sabe tu Padre celestial que tienes necesidad de estas cosas».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de confiar, seguro en la amorosa providencia del Señor.

**Punto 1.º** *En qué consiste la divina providencia.*— Considera cómo la providencia de Dios consiste en una disposición y orden de los medios que tiene Dios para salir con sus intentos y para que todas las criaturas alcancen los fines para que fueron criadas. Pondera cómo tres cosas principales concurren á la providencia que Dios tiene de sus criaturas. Primeramente, Él, con su sabiduría infinita, desde toda la eternidad conoce y comprende todos los fines que puede pretender y pretende de todas



sus criaturas, y todos los medios que son necesarios para alcanzarlos, y los obstáculos que pueden estorbar la consecución de ellos; por lo cual su providencia nunca puede faltar por ignorancia. Además, con su divina voluntad, llena de infinita bondad y caridad, de todos los fines y medios que conoce con su infinita sabiduría, escogió los más altos y soberanos, y los más proporcionados á sus criaturas, conforme á la naturaleza y capacidad de cada una. Finalmente: con su omnipotencia infinita, desde el principio del mundo comenzó á poner por obra los medios que había escogido, y con la misma va prosiguiendo y proseguirá siempre, sin que su providencia pueda ser defectuosa por falta de poder, como la nuestra<sup>1</sup>. Estas tres propiedades de la divina providencia has de aplicar á la que el Señor tiene de ti y de tus cosas. Porque Él conoce perfectísimamente todas tus necesidades y miserias, los peligros en que te hallas, los obstáculos que has de superar para lograr tu fin; Él, como tierno y amoroso Padre, quiere y pretende que lo alcances; y Él también puede ejecutar y poner en práctica los medios para ello, por ser Todopoderoso. ¿No confiarás, en vista de esto, en su providencia? ¿Te acobardarás en tus tentaciones y trabajos? ¡Oh Dios de mi alma! De hoy más quiero deciros: Mi Amado para mí, y yo para mi Amado. Cuidad Vos de mis cosas, y yo tendré cuidado de las vuestras; mirad por mi provecho y salvación eterna, y yo miraré por vuestra gloria y servicio para siempre.

**Punto 2.º** *Bienes que encierra la divina providencia.*—Considera aquí los bienes inmensos que encierra la divina providencia. Para lo cual has de ponderar cómo ella es nuestra madre, porque nos da el ser que tenemos y nos trae dentro de sus entrañas<sup>2</sup>. Es nuestra ama, porque nos cría y sustenta y nos lleva en sus brazos<sup>3</sup>, como á niños. Es nuestra aya, porque siempre anda á nuestro lado y nos acompaña en todos nuestros caminos. Es nuestra reina y gobernadora, porque nos rige y gobierna en todo el discurso de nuestra vida<sup>4</sup>: nuestra maestra y consejera, porque nos enseña y guía<sup>5</sup>: nuestra protectora y defensora en las necesidades, y nuestra consoladora en las aflicciones. Finalmente: hace con nosotros todos los oficios de caridad que podemos imaginar, con infinita eminencia, haciéndose Dios por medio de ella nuestro Padre, amigo, médico, juez, pastor y todos los demás. De aquí es, que la providencia divina es la primera fuente de todos los bienes de cuerpo y alma, temporales y eternos, que hemos recibido y esperamos recibir; y, como dijo san Doroteo: «Donde está la providencia de Dios, allí está el bien y toda suerte de bien»; el honesto, el útil y el deleitable. Por ella también somos librados de todos los males contrarios, ó preser-

<sup>1</sup> Sap., ix, 14. — <sup>2</sup> Isai., xlvi, 3. — <sup>3</sup> Osee, xi, 3. — <sup>4</sup> Sap., xiv, 3

<sup>5</sup> Isai., xlviii, 17.

vándonos de caer en ellos, ó sacándonos de ellos, después de haber caído, porque en lo uno y en lo otro quiere mostrar Dios su providencia; y para lograr su intento, se nos hace encontradiza y nos sale al encuentro, teniendo de nosotros todo el cuidado posible, con todos los modos de providencia que se puede tener para llenarnos de bienes. ¡Oh providencia soberana! Tú abres la mano de Dios para llenar á todas las criaturas de bendición<sup>1</sup>; yo te adoro y glorifico como á reina y madre mía, y te suplico hagas conmigo oficio de madre y de maestra, de protectora y consoladora mía, y de ayuda universal en todas mis cosas. ¿Qué sentimos nosotros de la providencia de Dios? ¿Nos refugiamos á ella en nuestros apuros?

**Punto 3.º** *Modo de ejecutar las trazas de la divina providencia.*—En este punto has de considerar el modo que tiene Dios de ejecutar los designios de su adorable providencia. Porque Dios nuestro Señor no es como los hombres que gobiernan, y tienen á su cargo otros, los cuales tienen necesidad de tener providencia de sí mismos y de las obras propias que les tocan, lo cual suele ocuparles tanto, que no les da lugar á mirar todo lo que era menester por los otros. Mas Dios, como en sí tiene todo bien, sin que le falte nada ni espere nada de fuera, emplea toda su providencia en mirar por los otros, esto es, por las criaturas que crió, para tener en quien mostrarla. De aquí es que su divina providencia se extiende á todas las criaturas, sin excluir á ninguna, y á todos los hombres, sin olvidarse de ninguno, por vil y despreciado que sea; porque, como dice el Sabio<sup>2</sup>, Dios hizo al grande y al pequeño, é igualmente tiene cuidado de todos. Síguese también de aquí que el mismo Dios por sí mismo es el ejecutor de su providencia; porque, aunque es verdad que por medio de unas criaturas provee á otras; pero Él por sí mismo asiste á todas en todo lugar y en todo tiempo, porque sin su concurso nada puede hacerse. De aquí, finalmente, procede que ninguna cosa sucede acaso en este mundo respecto de Dios, aunque sea muy acaso respecto de los hombres, porque con su infinita sabiduría conoce todo lo que sucede, aun antes que acaezca, y con su providencia lo tiene ordenado ó permitido para el fin supremo de su gobierno, que es su gloria y la manifestación de su misericordia y justicia y de las demás divinas perfecciones. ¡Oh Padre amorosísimo! Pues que con providencia tan admirable proveéis á todas las criaturas, y mucho más á los que con fe encendida en amor confiadamente se arrojan en vuestras manos, yo me pongo en ellas, porque en ellas están mis suertes; enderezad con vuestra providencia mis obras, para que sean agradables á vuestros ojos, de modo que por ellas me suceda la buena suerte de la eterna bienaventuranza.

<sup>1</sup> Psalm. ciii, 28. — <sup>2</sup> Sap., vi, 8.



**Epílogo y coloquios.** ¡Qué río de paz tan caudaloso debiera nacer para nosotros de la providencia de nuestro Padre celestial! Dios lo sabe todo; conoce nuestro fin; los medios que necesitamos para alcanzarlo; los enemigos que nos quieren impedir el obtenerlo. Dios puede cuanto quiere; á su potestad nada puede resistir: por ella puede sacar de los mismos males grandes provechos. Dios es un Padre amantísimo, que nos ama con amor eterno é infinito, y desea nuestra felicidad más intensamente que nosotros la podemos desear. ¿Qué falta ya para que podamos dormirmos tranquilos en los brazos de la divina providencia, teniendo la seguridad de que, si por nosotros no se pierde, alcanzaremos nuestra salvación? ¡Ah! La providencia de Dios es nuestra madre, nuestra ama, nuestra aya, nuestra maestra, consejera, protectora, nuestro todo. ¡Qué tesoros de protección y de dulzura encierra para nosotros esta providencia! Por ella Dios se llama nuestro Padre, amigo, médico y demás amorosos títulos de que se precia. Por ella Dios atiende á todas la criaturas, sin olvidar ninguna, por vil que sea, y sin entretenerse en mirar para sí; lo gobierna todo, y nada consiente que para Él sea acaso, porque conoce las causas de todo, y las ordena al altísimo fin de su gloria. ¿Creemos en la providencia de Dios? ¿Miramos todas las cosas como dispuestas ó permitidas por ella? ¿Esperamos en ella después de hacer cuanto nos sea posible de nuestra parte? ¿Cuál ha sido nuestra conducta precedente acerca de esta importantísima doctrina? ¿Qué hemos de corregir y enmendar para lo sucesivo? ¡Ah! Miremos el consejo que daríamos al que se hallase en nuestra situación, y tomémoslo para nosotros, proponiendo con eficacia, orando con fe, y suplicando por todas las necesidades generales y particulares.

#### 158.—ELECCIÓN, VIRTUDES Y PREMIOS DE LOS SANTOS.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo, diciéndonos: «No me elegisteis vosotros á Mí, sino que Yo os elegí á vosotros, y os puse en el mundo para que dieseis frutos, y vuestro fruto permaneciese eternamente.»

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de saber imitar las virtudes de los santos, á fin de participar después de sus premios.

**Punto 1.º Elección de los santos.**—Considera aquí la paternal providencia que tuvo Dios de los Santos en orden á su elección y á los medios para ejecutarla. Primeramente, Él por sola su bondad, y por los merecimientos de Jesucristo, los predeterminó y escogió para que fuesen santos y limpios en su presencia<sup>1</sup>, señalándolos para que fuesen vasos de misericordia<sup>2</sup> en quien depositase y manifestase las riquezas de su gracia. Luego, para

<sup>1</sup> Ephes., 1, 4. — <sup>2</sup> Rom., ix, 23.

ejecutar esta soberana elección, á su tiempo los crió, dejando á otros innumerables en el abismo de la nada; los llamó eficazmente á la fe y religión cristiana, haciéndolos miembros de su Iglesia por el bautismo, dejando perecer á otros muchos en el diluvio de la infidelidad; y, si pecaron, llamólos de nuevo para que saliesen de la culpa por la penitencia, dejando á otros morir en ella. Durante la vida preservólos de grandes pecados. Sacólos de graves peligros, favoreciólos en terribles tentaciones, prevínólos con muchas inspiraciones y con bendiciones de dulzura, para que ejercitasen heroicas virtudes, y engrandeciélos con muchos dones de su gracia, para que fuesen grandes en su presencia. Más adelante pasó la amorosa providencia de Dios con ellos; porque los llamó al estado ú oficio que más les convenía para ser santos, dando á cada uno bastantes ayudas para cumplir con sus obligaciones. Y, finalmente, trazó su modo de muerte, de manera que fuese paso para la gloria, porque es muy preciosa en los ojos del Señor la muerte de sus santos<sup>1</sup>, en la cual se termina todo el discurso de su dichosa elección, para ser conformes con nuestro Señor en su gloria, como lo fueron en su vida. Estas consideraciones han de despertar en ti varios afectos y moverte á diversos coloquios, hablando ya con Dios para darle gracias por la providencia que ha tenido con sus santos; ya con estos mismos santos, gozándote del bien que Dios les ha concedido; ya contigo mismo, reconociendo las gracias que Dios te ha hecho y confundíendote de lo mal que has correspondido. ¿No son estos, alma mía, tus sentimientos? ¡Oh Santo de los santos! Vuestra voluntad es que nos santifiquemos, y por esto dijisteis á vuestro pueblo<sup>2</sup>: «Sed santos como Yo lo soy». Dadme, os suplico, lo que me mandáis, para que alcance lo que deseáis. Y pues la santidad es vuestra, prevenidme con vuestra copiosa gracia, para que suba muy altos grados en ella.

**Punto 2.º Virtudes de los santos.**—En este punto has de considerar la fiel y exacta correspondencia de los santos á la misericordiosa providencia del Señor, practicando con grande perfección las virtudes que les inspiró, y señalándose en ellas. Porque, primeramente se distinguieron en la abnegación propia, cumpliendo la primera condición que impone Jesús á los que le sigan<sup>3</sup>. Ellos concibieron un santo odio de sí, de su carne y amor propio. Y así, los que fueron pecadores, para borrar sus culpas hicieron grandes penitencias, las lloraron con vivo dolor y las confesaron con tal humildad, que las dejaron escritas para confusión y vergüenza propia. Los que no cayeron en culpas graves, para preservarse de ellas afligían su carne con asperezas, negaban su voluntad, no dejando que saliese con sus pretensiones, mortificaban su amor á las riquezas y placeres con la pobreza y

<sup>1</sup> Psalm. cxv, 15. — <sup>2</sup> Levit., xi, 44. — <sup>3</sup> Matth., xvi, 24.



penitencia, y su afición á carne y sangre desprendiéndose de sus mismos padres y amigos, renunciando á muchas cosas que pudieron poseer sin ofensa de Dios. Pondera cómo, no contentos con negarse á sí mismos, llevaron la cruz con constancia, fortaleza y paciencia hasta la muerte; porque, combatidos fuertemente por enemigos interiores y exteriores, no desfallecieron, ni se rindieron; antes con grande fortaleza perseveraron en la pelea, sufriendo con invencible paciencia enfermedades, dolores, pobreza, infamias, falsos testimonios, y otras muchas aflicciones semejantes. Y de este modo sufrieron todos algún género de martirio en el cuerpo ó en el espíritu; siendo como piedras vivas, labradas con golpes de tribulaciones, y así fueron colocados en el edificio del cielo. Reflexiona, por fin, cuán perfectamente siguieron los santos á Jesucristo<sup>1</sup>, su modelo, imitando las excelentes virtudes que ejercitó; sirviéndose, para lograrlo, de las dos alas de la oración y obediencia; porque tuvieron frecuente recurso á Dios, y se sometieron con puntualidad y perfección á la divina voluntad, obedeciéndole en los preceptos, en los consejos y en todas las ocasiones. Y nosotros, ¿imitamos á los santos en tan excelentes cualidades? ¿Nos ejercitamos en la abnegación, penitencia y seguimiento de Jesús como ellos? ¡Oh Dios altísimo! Así como mostrasteis la alteza de vuestra bondad en las virtudes que disteis á los santos para que fuesen conformes con la imagen de vuestro Hijo, mostradla conmigo en hacerme semejante á ellos, para que imite al que ellos imitaron, y la vida de Jesús resplandezca en la mía, como resplandeció en la suya.

**Punto 3.º Premio de los santos.**—Aquí has de considerar cuán generoso ha sido Dios nuestro Señor en honrar y premiar á los santos en esta y en la otra vida. En esta vida premió á muchos de ellos con raros consuelos espirituales, con gracias de contemplación, con raptos y revelaciones muy regaladas, con espíritu de profecía, con don de milagros y otras gracias singulares, que les atraían la admiración y aplauso de los hombres, de modo que cuanto más ellos se humillaban, tanto más Dios los honraba y hacía que los honrasen los hombres. En la muerte los premió, concediendo á unos que muriesen como mártires confesando su fe, y á otros con tal modo, que, aunque penoso á la carne, fuese muy dulce al espíritu, dándoles á gustar algo de lo que esperaban recibir en la gloria. Demás de esto, después de su muerte los honra en su Iglesia militante, queriendo que su santidad sea publicada y alabada de todos, y que á honra suya se edifiquen muchos templos, pinten imágenes, y se celebren fiestas; y que todos veneren sus huesos y cenizas, y los vestidos remendados que trajeron, las cadenas con que estuvieron presos, y las firmas de sus cartas, haciendo grandes milagros por estas cosas para

<sup>1</sup> II Cor., iv, 11.

honrarlos, y castigando los desacatos que se hacen contra ellos. En el día del juicio los honrará con honra excelentísima, poniéndolos á su mano derecha con grande majestad á vista de todo el mundo, cumpliendo la palabra que dió á quien le confesase delante de los hombres<sup>1</sup>, que le honrará delante de su Padre. Finalmente: en el cielo los honrará y premiará con tal magnificencia, que sólo Dios y ellos la pueden declarar. Allí se sentarán en tronos brillantísimos junto al trono de Dios, vestirán vestiduras de gloria, ceñirán sus sienes con corona de oro, en sus manos empuñarán palmas gloriosas. Allí todas las virtudes serán premiadas: la fe con la visión de Dios; la esperanza con la posesión del Sumo Bien; la caridad con el amor beatífico; la humildad, paciencia y demás virtudes con el río de deleites que les embriagará. ¡Oh alma fiel! ¿Cómo no suspiras por alcanzar la santidad, cuyo fin es tan soberano galardón? ¡Oh Dios infinito, glorioso y admirable en vuestros santos! Gracias os doy por las maravillas que en ellos obrasteis, y por los admirables premios que les disteis; pues es gloria vuestra que sean muchos, juntadine en el número de ellos, para que os sirva con pureza y santidad todos los días de mi vida, y después suba á gozaros en la gloria.

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán dulce, cuán amorosa, cuán benéfica es la providencia que el Señor tiene de sus santos! Brilla admirablemente en su elección; porque, cuando no eran, los crió; criados los adornó de su gracia y los hizo miembros de su Iglesia; siendo ya cristianos, dispensóles admirables gracias; Él fué su protector en los peligros, su fortaleza en las tentaciones, su luz en las obscuridades, su consolador en las aflicciones. En cambio, los santos, agradecidos á los beneficios del Altísimo, y recordando los avisos del Señor, que dijo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame», abrazaron la más perfecta abnegación, cargaron sobre sí la cruz del Señor, gozándose en las tribulaciones por Cristo, y le siguieron con fidelidad y constancia, imitando las virtudes que Él ejercitó, y practicando los ejemplos que Él les dió. ¿Cómo recompensará este Padre tan bondadoso una tan fiel correspondencia á las divinas inspiraciones? ¿Qué premio dará á siervos tan buenos y fieles? Aquel Señor que por un vaso de agua dado de limosna por su amor remunera con una medida llena<sup>2</sup>, apretada y colmada de gloria, ¿qué medida tan sin medida dará á aquellos que le dieron cuanto tenían, y aceptaron gustosos todos los sacrificios que les impuso? ¡Ah! No puede dudarse que la recompensa que les conceda ya en este mundo será grande; el bien que les haga en la muerte será magnífico; la honra que les tribute en el juicio será gloriosa, y la gloria que les dé en el cielo será espléndida. ¿Deseamos nosotros esta recompensa, este bien, esta honra

<sup>1</sup> Matth., x, 32. — <sup>2</sup> Luc., vi, 38.



y esta gloria? ¿Cómo nos disponemos para merecerlo? ¿Agradecemos la providencia amorosa con que Dios nos ha dirigido? ¿Imitamos las relevantes virtudes que los santos han ejercitado? Pensémoslo detenidamente, y no podremos menos de confundirnos, cotejando nuestra vida con la suya; mas no desmayemos por esto: comencemos hoy mismo á imitarlos; y para esto hagamos eficaces resoluciones y devotas súplicas, rogando por nosotros y por todo el mundo.

## 159.—GLORIA DEL CIELO.

PRELUDIO 1.º Representémonos el cielo en la forma de una reunión brillantísima de todos los Santos, que están contemplando con inefable gozo la Majestad de Dios, y cantando armoniosos cantares.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer los incomprensibles gozos de la gloria y deseárselos, y trabajar para alcanzarlos.

**Punto 1.º** *Gloria del alma.*—Considera aquí la grandeza de la gloria que es propia del alma y la hace bienaventurada, la cual es tan grande, que, según santo Tomás, no puede Dios darle una bienaventuranza mayor, por encerrar en sí á Él mismo. El alma queda como endiosada, llena de Dios, y hecha un Dios por participación eterna é inmutable, uniéndose Dios con ella, como el fuego suele apoderarse del hierro y penetrarle, comunicándole su luz y resplandor, su calor y demás propiedades, de modo que parece fuego. Con esta unión queda del todo harta, como dice el Profeta<sup>1</sup>. La memoria entra en las potencias del Señor<sup>2</sup>, y se engolfa en el abismo de su divinidad, teniéndole siempre presente, sin poderse olvidar de Él, ni divertirse á otra cosa, ni recordar cosa que la pueda dar pena. El entendimiento está lleno de Dios con la vista clara de su Divinidad y Trinidad. Allí ve sin figuras ni enigmas, cara á cara<sup>3</sup>, á todo Dios, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y cómo el Padre engendra al Hijo, y los dos producen al Espíritu Santo, y los tres son un mismo Dios infinito, eterno, inmenso é incomprensible. Allí ve los misterios inefables de la Encarnación, Eucaristía y sacramentísima humanidad de Jesús y las misteriosas obras que por ella ha hecho; los secretos juicios de Dios, los arcanos de su providencia paternal, los peligros de que le libró, los beneficios que le hizo, recibiendo con este conocimiento un sumo gozo. La voluntad está llena de Dios, unida con su divinidad con unión perpetua, continua, entrañable y amigable, amándole como padre, amigo, esposo, bienhechor infinito, bien sumo, primer principio y último fin suyo. Y de este amor resulta un río continuo, perpetuo y caudalósísimo de deleites, del cual bebe y se embria-

<sup>1</sup> Psalm. xvi, 15 — <sup>2</sup> Psalm. lxx, 16. — <sup>3</sup> I Cor., xiii, 12.

ga<sup>4</sup>, y está toda engolfada dentro de los infinitos gozos de su Señor<sup>2</sup>. ¡Oh alma mía! ¿Cuándo llegará este día dichoso, que podrás parecer ante la presencia de tu Dios? ¿Cuándo lograrás entrar en aquel océano de luz y hermosura? ¿Cuándo tendrás tal pureza, que puedas contemplar el divino rostro? ¡Oh Padre mío! Tomad mis potencias y ocupadlas desde luego en lo que siempre han de hacer. Ocupese mi memoria en miraros, mi entendimiento en conoceros, mi voluntad en amaros, mi lengua en bendeciros, mis sentidos y miembros en obedeceros, gozándose todos en Vos por todos los siglos.

**Punto 2.º** *Gloria del cuerpo.*—Considera aquí la grandeza de la gloria del cuerpo bienaventurado con las cuatro dotes que le han de adorar. La primera dote es claridad, con admirable hermosura, porque cada cuerpo resplandecerá como el sol<sup>3</sup>, á semejanza del cuerpo de Cristo; aunque el más bienaventurado tendrá más resplandor, y Cristo sobre todos, con soberana entereza, proporción, color y figura hermosísima en todos los miembros. Y además de la hermosura exterior, será vistosisima y apacibilísima la interior del mismo por su transparencia, descubriéndose la armonía de los huesos, venas, arterias, con grandísimo resplandor de todas. La segunda es impassibilidad inmortal ó impassibilidad impassible, porque nunca más tendrá hambre<sup>4</sup>, sed, dolor ni recelo de muerte; en el fuego no se quemará, en el agua no se humedecerá, su vigor no se marchitará, su salud no se menoscabará, y una impassibilidad eterna sustituirá á las penas que padeció en este mundo. La tercera dote es agilidad ó ligereza, por la cual tendrá el alma tanto dominio de su cuerpo, que lo podrá mover de una parte á otra, sin cansancio ni fatiga ó tardanza, sino con suma velocidad, como centella<sup>5</sup>, ocurrirá por el cielo empíreo á su gusto, ya al trono de Jesucristo, ya al de su Madre ó de otros Santos. La cuarta dote es sutilidad ó espiritualidad, porque ya no estará sujeto á la obra de la vida vegetativa, pasando sin comidas, ni bebidas, sin sueño y sin las demás obras que le son comunes con las bestias. Por esta misma dote podrá penetrar los cielos, y otro cualquier cuerpo, sin que tenga impedimento que le estorbe. Con la consideración de estas dotes has de alentarte á padecer de buena gana las miserias de esta vida, teniendo por dicha el sufrirlas, pues han de ser tan bien premiadas. ¡Oh dichosas ignominias, cuyo fin es tanto resplandor! ¡Dichosas penalidades, que causan ser tan impassible! ¡Dichosos trabajos, que son premiados con tantos alivios! Aliéntate, alma mía, á traer en tu cuerpo la mortificación de Jesús, pues tu cuerpo humillado será conforme con el suyo glorificado. ¿Crees esta verdad? ¿Deseas que tu cuerpo disfrute de tan ricas dotes? ¿Qué debes ahora hacer para merecerlo?

<sup>1</sup> Psalm. xxxv, 9. — <sup>2</sup> Matth., xxv, 21. — <sup>3</sup> Matth., xiii, 43. — <sup>4</sup> Apoc., vii, 16.

<sup>5</sup> Sap., iii, 7.